



# LA CIENCIA

## I EL ACUERDO MUNDIAL (I)

POR EL

DR. GEORGES RENAUDET, M. S. A.

Farmacéutico, Miembro i laureado de varias Sociedades Científicas Nacionales i Etranjeras; Director de la Estacion de Biología Vegetal de Vibraye (Sarthe).

---

«La vida mundial», ha dicho Monsieur Edmond Perrier, ya no es simplemente el cuadro contemplado con indiferente mirada por ese gran espectador que llamamos la Humanidad; es un drama a veces sangriento, una inmensa batalla en la cual el público universal, este mismo mirou jeneralmente despreocupado, toma aun sin sospecharlo, una parte

---

(1) Artículo publicado en frances en la *Rev. Ch. de Hist. Nat.* Año X (1906) núm. 2 i traducido al castellano por CARLOS E. PÓRTER (de Valparaiso.)

mas o ménos activa, segun donde resulte el teatro del combate por mejorar la vida o en último caso por conservarla i cuyas peripecias siempre pueden alcanzarlo.

Si bien es imposible espresar esto mejor desde el punto de vista sociológico, acaso no está de mas recordar, con Terencio, que «nada debe sernos indiferente ni extraño», sobre todo en materia científica.

Toda obra resultante de la ciencia no queda ya como propiedad privada de un solo hombre o de un solo pueblo; merced a las comodidades que nos brinda la civilizacion moderna, ella se esparce con asombrosa rapidez, i el esfuerzo del investigador modesto, desconocido la víspera, llega a ser el descubrimiento que conmueve a los sabios i que, talvez mañana, producirá una revolucion en el mundo i en su dormida filosofia . . . .

Ya hemos contemplado, en la simple cinemática del progreso humano, una descripcion histórica a menudo trivial, realizada tan sólo por el verdadero jenio de los Michelet i de los Reclus. Algo mejor quedaba por hacer, i la estática social llamó a la puerta de nuestros conocimientos biológicos, que se convirtieron, entónces, en su mas firme sosten i entre los cuales la ciencia antropológica diseña ya su primer esbozo, aun cuando éste todavia aparezca sólo en su periodo de cierne. La nocion dinámica interviene luego a su vez i en ella fundamos con demasiada lijereza (segun los dogmáticos), los cimientos de una sociedad ideal que pretende ser un bosquejo de la humanidad futura.

Pues bien, entre esos factores cosmológicos i morales que preparan, sin duda alguna, el porvenir cuya próxima realizacion venimos divisando, ninguno encontramos mas eficaz que la contribucion de la ciencia nacida en una patria i destinada para todas.

La utilizacion inmediata de los rayos Roentgen, ha dejado en olvido no ya a su inventor pero sí a la comarca relativamente estrecha que los vió nacer i proclamar. I es así como la radioscopia, la radioterapia, etc., se emplean universalmente con un éxito vario, pero siempre digno de atencion,

que aproxima de hecho a las razas mas antagónicas, separadas moralmente, las mas vees, sin otro motivo que la tradicion de un sentimiento de odio o de enemistad que no descansa en ningun fundamento razonado.

Ante los descubrimientos de la ciencia, las iras se apaciguan ¿i acaso se comprenderia que suceda otra cosa cuando cada uno aprovecha a su sabor los descubrimiento o las útiles investigaciones de un pretendido enemigo secular?

Vivimos, ahora mas que nunca, en la comunión de unos mismos sentimientos, que son indispensables hasta para nuestra existencia social. A esta simbiosis política i moral se agrega un sincero acuerdo científico, tanto mas potente cuanto que, en este terreno, es mas fácil marchar en buena inteligencia i que las ciencias naturales, mui especialmente, abren siempre un vasto campo para nuestra comun admiracion, dejando cabida para un entusiasmo que carece de limites patrios.

Colocad en presencia de una flor rarísima a dos botánicos extranjeros i de nacionalidades antagónicas (ello existe) i luego los vereis ponerse de acuerdo, sin remordimiento alguno, ante el poderoso atractivo de un objeto digno de estudio i de admiracion. Hoi toca a la condesa Marie von Linden despertar nuestro interes reduciendo a ménos los contrastes biológicos entre animales i vejetales; mañana algun sabio, hoi desconocido, nos traerá un nuevo descubrimiento i la Ciencia se prestará a apoyarlo sin restriccion, por cuanto se estima que contribuirá a amenguar disidencias, ya sean técnicas o sociales.

El acuerdo mundial no es, pues, tan sólo un pacto teórico en que se confunden las individualidades prendadas de la Estética i anhelosa de un porvenir mejor; es, a la vez i por cima de todo, en el campo infinito de las investigaciones científicas, el término final hácia el cual tienden todos nuestros esfuerzos, como consecuencia de un altruismo esencialmente natural i fácil de demostrar.

Los amantes del arte se reconocen entre sí, con igual simpatía, sea cual fuere su patria, i hasta el mas humilde filaté-

lico cita con cierto respeto a sus corresponsales de ultramar cuyos envíos le merecen una mención especial.

La Ciencia mira más alto aun. No sólo relaciona unos con otros a los más indiferentes en apariencia, sino que, además, estimula a los espíritus de todas las razas, a la manera de aquella mayótica griega que pretendía hacer nacer maravillas incitando el parto de las inteligencias.

Nuestras vanas querellas de aldea, nuestras interminables discusiones diplomáticas, nada son al lado de las conferencias contradictorias de las sesiones científicas donde se llega, empero, a la mutua comprensión de las cosas en su más estrecha expresión. ¿A quien no se le ha ocurrido alguna crítica con respecto a los congresos internacionales de todo género que se celebran cada año en diferentes partes de la tierra? Toda obra tiene su lado débil; pero esto, no obstante, es un punto ya indiscutible que la Ciencia acerca a los hombres i los hace mejores.

Una cordial inteligencia surge sin mayor choque, i se regocija el espíritu al ver cómo se entreveran las «barbas canas» i los rostros empuños, reunidos en mutua confianza para un fin común: la dilucidación de la verdad por todo lo bello, por todo lo bueno.

Léjos están ya los tiempos en que se hacía mofa del celo incansable con que algún sabio estudiara las costumbres de las arañas o la evolución de una flor. Sin darse cuenta exacta del motivo que lo impulsa, el *servum pecus* contempla hoy día, con respetuosa admiración, la frente preocupada que surca profunda arruga por la contracción de una idea no esteriorizada aun; ¿sábese acaso si algún descubrimiento útil o sublime no surjirá de labor tan pertinaz?

La Ciencia no tiene patria exclusiva; aproxima a los pueblos más distantes, geográficamente separados i antes desconocidos unos de otros. Con el escalpelo en la mano o el ojo puesto en el microscopio, pensad de que vuestra observación ha de ser comunicada a todos.

Sin duda será discutida, tal vez sea objeto de burla; pero tened presente, para el caso, la sentencia de Eliseo Reclus:

Todo innovador científico pasa a ser un creador o un mártir; pero, afortunado o nó, la obra produce su efecto i el mundo ha cambiado.

Nadie tiene derecho de vivir estrictamente para sí. Una obligacion superior se impone, ineludible, ni más ni ménos que las que rijen a las colonias o asociaciones animales.

La evolucion mundial, considerada en su espresion mas amplia, exige, aparte de otros factores que no es de el caso examinar aquí, que la Ciencia se internacionalice i procure obtener en derredor suyo el máximo de su expansion.

El resultado de nuestras disquisiciones no constituye ya un hecho individual o egoístico, nó: es el relámpago que, mañana acaso, rasgará la nube para formar la apoteosis de una Ciencia tranquila, bienhechora i libre de remordimientos.

Vibraye (Francia), marzo 5 de 1906.

